

## La visita

Gloria Hernández. Guatemala

*La muerte siempre al lado.  
Escucho su decir.  
Solo me oigo.*

*Solo la música de la sangre  
asegura residencia  
en un lugar tan abierto.*

*Alejandra Pizarnik*

A veces, pienso en ella. Recuerdo sus manos bellas escondidas bajo la artritis. Sus aretes colgantes a lo Frida Kahlo. La mirada entre pícara y dulce. Su comida. Su cabello. Sus chales. Su espalda curvada por la vida.

En ocasiones, ella piensa en mí. Me imagina con mi trenza castaña. La inquietud jugándome entre las manos. Los ojos tristes. Mis preguntas. Las travesuras. Mis sueños imposibles. Las cicatrices en mis muslos en donde pone zumo de sábila para desvanecerlas.

Hoy la siento aquí, muy cerca. Me alegro tanto de verla otra vez. Me alivia el calor con una toallita humedecida en agua de hielo sobre mi frente. No hablamos del tiempo que ha pasado. Sus manos no se agotan de amar. Me prodigan paz sus ojos amarillos.

Evita a los médicos. Parece no estar aquí. No la asusta la sangre. Me presiente el miedo y, como es su costumbre, me cuenta una historia.

Era hermosa, pequeña y pobre. Tenía dos niñas tiernas muy parecidas a ella. Arrastraba un vacío por la vida y una ausencia por sus noches insomnes. Ser mujer la había excluido de la herencia de sus padres y ser demasiado mujer, de la aprobación de su familia. Cuando creyó todo perdido, conoció a mi abuelo. La ilusión volvió a habitarla el día que nació mi padre. Yo sonrío cuando, luego de un momento de silencio, pregunta por mi trenza ausente. La suya, rubia, se quedó entre las manos de su primer amor. Me percibe disfrutándola. Me observa en esta camilla de hospital. Mis pechos, descubiertos. Un día, frutos apetecidos por mis hijos de leche. Mis senos, en el banquillo de los acusados.

Una gigantesca flor de luz los hace brillar con el calor. Volcanes acostumbrados a erupciones de vida y pasión, ahora, sangran. Pequeños y dulces, hoy escupen la amargura de mi cuerpo. Ella no se intimida. Transita entre la vida y la muerte y lo ha visto casi todo. La sabiduría se ha decantado en su esencia a través de los años. Los cirujanos trabajan en silencio. Se hablan con los ojos. Yo duermo un sueño que no es mío. Como si no fuera con nosotras, continuamos la visita. Me pregunta sin palabras por mi pena y, entonces, me ve danzar ante ella con mi vestido de difunta. Me despojo uno por uno de los jirones de miseria, de aquel amor afincado ya solo en el recuerdo, de aquellos otros desconocidos y abortados en el camino, del cansancio, de la soledad, del frío, de mi secreto deseo por escuchar la canción de la muerte, de mi naufragio en las palabras, de la derrota ante mis propias imágenes. Dejo de bailar. Ella ha convertido en duendes verdes a los doctores en el templo. Con cuidado, depositan mis tristezas y mi angustia en un frasco con formol. Finalmente, y vistas fuera de mí, se me antojan insignificantes. Los médicos de guantes rojos y brillantes quedan atrás. Ella se hace cargo del instante. Me revela que, antes de llegar a la paz final, hay que cruzar un río de sangre. Si se ha sido consecuente con la vida, nos ayuda a cruzarlo un perro grande y manso. De lo contrario, nos toca atravesarlo a nado. Pero este no es mi momento, todavía. Mientras habla así, sus manos se han convertido en jóvenes y diestras. Toman aguja fina e hilo de seda y colocan mis pezones en su lugar. Desde donde la veo, su tarea se ve tan sencilla como coser y cantar. Mis ojos aún no se abren. El sueño que sueño empieza a ser mío. La sangre se retira avergonzada. Mis pechos surgen de sus dedos como dos velas moldeadas en cera morena. Están listos para ser bendecidos con un beso y encendidos antes de la oración. Todos se van pero ella permanece a mi lado. Y me cuenta un último secreto al oído.